

DEL HUMILDE SERVIDOR AL PAPA DE LOS POBRES

Los días 19 del calendario siempre han marcado un antes y un después en mi vida. Lo supe el día que descubrí que la fiesta de San León IX —el Papa alemán que instituyó el mayor número de reformas durante un Pontificado— se celebraba aquel día y lo constaté la tarde en que la Sala de las Lágrimas escuchó el nombre de **Benedicto XVI** por primera vez. Aquel 19 mi reloj marcaba las 17:50 horas cuando, entre los quehaceres de un atípico martes de abril, la chimenea de la Capilla Sixtina comenzaba a desprender un tímido humo blanco. Había llegado la hora de descubrir quién recogería el testigo del añorado **Juan Pablo II**... Entre el clamor de unas campanas que cantaban al unísono y que convertían la Plaza de San Pedro en la banda sonora del pueblo católico, el nombre de Benedicto XVI saltó por las nubes en una explosión de alegría. Sin embargo, fuimos muchos los que crucificamos su elección antes, incluso, de escuchar lo que tenía reservado para nosotros. Pero él, como un humilde siervo de la viña del Señor, nos perdonó sin pedirnos una sola explicación. Como Aquél que murió en la cruz para hacer nuevas todas las cosas, no tuvo en cuenta nuestros recelos; todo lo contrario, **nos miró y nos amó**.



Poco a poco, palabra a palabra y gesto a gesto, el anciano que esperaba retirarse pacíficamente y que le pedía a Dios que no pronunciase su nombre para guiar la Barca de Pedro, rompió en pedazos mis esquemas. Quedé asombrado cuando, al verle de cerca, observé unos ojos verdes que hablaban de Cristo, de **misericordia** y de **perdón**. Un perdón emocionado que no atendía ni a preguntas ni a respuestas, pero que reflejaba inmensamente a Dios. Y recuerdo la **JMJ de Madrid** cuando, en medio de un diluvio y una tempestad indescriptibles, se mantuvo sentado en la sede, sorprendido ante la alegría que desbordaba el aeródromo de Cuatro Vientos y demostrando su incondicional agradecimiento hacia todos los que compartíamos aquel regalo de la fe. Con 85 años a sus espaldas, se caló hasta los huesos y permaneció junto a nosotros a los pies del Santísimo que nos había llevado hasta allí. **“Si ellos se quedan, yo me quedo con ellos”**.

Tú has decidido marchar como un humilde labrador del Reino y nosotros marchamos contigo. En el silencio de tu oración y a la espera de tu abrazo, pero contigo. Porque solo alguien tan grande como tú es tan valiente como para decirle al mundo que rezar por nosotros desde el amor de Dios es más importante que ser el mismísimo Papa.

Y, conjugando la palabra **humildad**, me viene a la memoria un tal **Francisco**, amigo del de Asís e íntimo de los más pobres. Gritar humildad en estos tiempos en que la crisis ha multiplicado por mil todas las canciones que se componen con la palabra egoísmo, ha pasado de moda. Sin embargo, si ayudamos a todo aquel que se cruce en nuestro camino y dejamos que la austeridad secuestre por completo nuestra soberbia, no habremos vivido en vano. En estos momentos en que intentamos esbozar a retazos el perfil de un Papa nuevo, que es jesuita y que ha roto por completo nuestras quinielas, hemos descubierto que la **sencillez** es la antecámara de todas las perfecciones.

Recuerdo, al hilo de esta madeja de buenas noticias, una ocasión en que quedé con un obispo y llegó a la cita en Metro. Tiempo después, pero ya en su ciudad, volvimos a compartir este transporte público y me acuerdo



perfectamente de cómo un señor le saludaba con alegría mientras le preguntaba por su madre, una joven leía a su lado mientras sonreía, un adolescente con piercings y cresta escuchaba música mientras cantaba enfrente de él... Todo aquello me sorprendía, pero me hacía sentirme agradecido y, sobre todo, miembro de una Iglesia donde todos —sin ninguna distinción— **somos un pasajero más**.

Hace unos días, con la elección del nuevo Papa, volvían a mi memoria aquellas escenas que destilan el precioso reflejo ignaciano de “en todo amar y servir”. **Jorge Mario Bergoglio**, también

viaja en transporte público, se hace la comida, visita los suburbios para abrazar a los necesitados, lava los pies a los discapacitados, celebra la Última Cena con los jóvenes de la cárcel, es enemigo de grandes atuendos, se inclina suplicando la oración de su pueblo y decide llamarse Francisco.

Hoy, mientras llueven los análisis, las críticas y los halagos, Dios vuelve a decirnos que no vive para la galería, sino que, como el **santo de Asís**, nos habla en un lenguaje de sencillez, con la ternura de un padre bueno y engalanado con una cruz de hierro y con un anillo de plata que bendecirán a una Iglesia necesitada de un humilde y servidor **Francisco del siglo XXI**.

Carlos González García